

ESTADO EMOCIONAL

CUALQUIER lector de Julio Verne recordará "El experimento del Doctor Ox". Ox de oxígeno. El doctor dejaba escapar su gas sobre la ciudad y la ciudad se enloquecía, se euforizaba hasta límites inverosímiles. Cuando salgo a la calle en Madrid, en cualquier ciudad española, olfateo el aire para oler si entre los vapores de la polución hay alguno nuevo. Tal vez algún experimentador nos haga inhalar algún gas que está produciendo estos efectos, esta especie de enloquecimiento. El país está agitado, nervioso. El español ha perdido su control. Quizá porque estuvo demasiado controlado por fuera, dejó de estar controlado por dentro. Algo está atacando nuestros nervios. Lo curioso es que este gas ataca principalmente a quienes, por profesión o por herencia, por vocación o por asalto antiguo, tienen alguna responsabilidad en la organización del país. No quedan del todo exentos los ciudadanos de a pie (o sea, de automóvil comprado por ellos mismos). No debo andar muy descaminado en la sospecha del gas misterioso cuando veo que en algún comunicado oficial se describen algunos incidentes de aspecto grave como "estados emocionales". Según la ciencia, estos estados emocionales producen "alteraciones en la tensión sanguínea, relación inspiración-expiración en la respiración, resistencia electrocutiva, que varía con la secreción sudorífica, tensiones musculares en las manos o en los dedos". Parece que son consecuencia de un exceso de producción de adrenalina. ¿Puede estar un país a merced de un exceso de producción de adrenalina en las clases políticas? ¿Sufría de un exceso de secreción de adrenalina el señor Martín Villa cuando asomó en el filo de la madrugada a la pantalla de la televisión?

Hay periódicos y periodistas que viven en un perpetuo estado emocional, y tienen un gran interés, al parecer, en transmitirlo a los demás. Los políticos parecen dividirse en dos castas: los emocionales, sanguíneos, pletóricos (el pánico de Kretschmer, el digestivo de Sigaud), que son agresivos, insultantes, amenazadores, capitalizadores de cadáveres de asesinados (con lo cual, implícitamente, se hacen cómplices de los asesinos, puesto que éstos matan para producir la reacción del pánico) y los otros, los asustados, los que temen a los agresivos y amenazadores. Cosa bastante natural, porque son espantosos. El miedo, a su vez, es un estado emocional. Que trata de hiperbolizar el pacto con el otro, el convencimiento por la palabra, la suma a su actitud, la demostración exagerada de que uno no es culpable. Lo cual no produce más que irritación en el pánico y un mayor deseo de agresión. Y, a su vez, en la terrible curva, aumenta el miedo del otro...

No cabe duda de que hay un doctor Ox en la sombra experimentando con sus gases —con sus bombas, con su parabellum, con su "goma 2" y su nocturnidad y alevosía, con la muerte a traición del inocente, del indefenso que sale o llega a su casa sin esperar el disparo porque está seguro, como decía la última víctima (hasta este momento) de la ETA, de que "no ha hecho mal a nadie"— y que debe asistir con regocijo a los admirables resultados que está obteniendo: en lugar de partir contra él, las víctimas innumerables disputan entre sí, se amenazan entre sí. En lugar de respuestas reflexivas y serenas se manifiestan con "estados emocionales".

El país se neurotiza. Los gases del doctor Ox se expanden por todo el Estado. No todos están intoxicados: hay muchos que llaman a la razón, a la sensatez, que muestran el abismo al que podemos ir a parar unos y otros. Inquieta escucharles y leerles: se advina que ellos serán las primeras víctimas.

POZUELO

acompañaba de una gran fotografía con un joven mostrando la vuelta de sus bolsillos, vacíos, naturalmente. El pie de foto decía: "1979: año negro sin blanca". También las patronales juegan al catastrofismo, y en la reunión del Comité Ejecutivo de la Confederación Empresarial Independiente de Madrid, su presidente, José Antonio Segurado (el que dijo en el Palacio de los Deportes aquello de "las patronales son independientes y antimarxistas"), manifestaba que, en su opinión, estamos peor que el año pasado. El diario "Cinco Días" concedía a estas declaraciones su primera página con un violento titular: "Sangre, sudor y lágrimas".

Resulta francamente curioso que problemas reales, como por ejemplo el del paro, o decisiones políticas de increíble torpeza como el Decreto-Ley sobre topes salariales, sean asuntos mucho menos tratados que las afirmaciones abstractas de calificar a España como país en bancarrota o a 1979 "año sin blanca". Claro está que se trata de una manera de hablar, pero es dudosamente aceptable cuando va con titulares destacados en la primera página de un diario.

Economía y política

El anuncio de elecciones legislativas y municipales para los próximos meses de marzo y abril, era rápidamente interpretado, desde el punto de vista económico, como un atentado más de la clase política a los intereses del país. En definitiva, culpable, también, el sistema democrático. No era puesta en entredicho la inoportunidad de estas elecciones —que sin duda lo son— desde el punto de vista sociopolítico, sino como una muestra más del desprecio de los "arrivistas" por los problemas económicos del país. Así, inmediatamente de anunciadas las legislativas, "Informaciones" del día 2 titulaba su editorial: "La economía postergada", abundando en la mencionada tesis. Y, ya en un tono menor, se comenzaba a hablar de las necesidades de liquidez de los partidos para la campaña electoral. El diario "Cinco Días" resolvía el tema con un significativo titular: "Dinero del contribuyente para sufragar las elecciones: 1.674 millones para los grupos parlamentarios".

No se trata de hacer ninguna clase de crítica fácil a los diarios madrileños que así se manifiestan. En definitiva, cumplen su misión informativa. Lo

que sí es preciso subrayar aquí es que para el hombre medio de la calle quedaba confirmado uno de los axiomas franquistas, a saber: que los políticos son individuos inútiles que desean vivir ociosos a costa de los que realmente producen. En definitiva, según esta reflexión "qualunquista", el político es sólo un parásito del cuerpo social que habilidosamente ha maniobrado para imponer emolumentos sustanciosos para sí mismo y los de su clase.

No se habla de economía

Pero, realmente, ¿se habla de economía? Todas esas personas que parecen tan preocupadas porque la economía queda en segundo plano parecen más a gusto echando balones fuera sobre las actividades electorales que reclamando un serio debate sobre los problemas económicos fundamentales. Están, sobre el tapete, cuestiones tan interesantes y de urgente resolución, como la buena o mala utilización de las reservas de divisas por el Banco de España, cuyas autoridades parecen excesivamente aquejadas de monetarismo, en opinión de muchos. O la cuestión de la eficacia de las inversiones públicas. O la posibilidad de replantearse las organizaciones patronales de modo que la todopoderosa CEOE no represente sólo los intereses de la gran Banca y la gran empresa en contra de los de la pequeña y mediana empresa. O el gran tema de la conveniencia de las inversiones exteriores: en qué sectores y en qué cuantía. Los fallos de la "nueva" política fiscal y la dificultad de su puesta en marcha. Las necesarias reformas agrarias. La obsolescencia del sistema empresarial y lo inadecuado de su financiación. Y, sobre todo, la forma de combatir y atajar el paro.

Hay que desengañarse. En este país no se habla de economía de forma seria. Lo único que se hace es hacer demagogia o pasarse de gracioso a base de estereotipos y frases hechas. Ahí es donde se ha fabricado el desencanto y de ahí puede salir la gran excusa de los golpistas. Ni ellos mismos podrían creer, cuando tendieron trampa tan elemental, que caería tan fácilmente la gente. Sin embargo, para sorpresa de todos, así ha sido. Este es el gran "handicap" con que comienza 1979. ■ R. C.